las comunidades cristianas de base y el inconsciente en el grupo

INTRODUCCION

El presente trabajo tiene un objetivo muy delimitado: exponer los fenómenos grupales a la luz del psicoanálisis en orden a un posible esclarecimiento de lo que ocurre en un grupo eclesial de base. Para esto partimos de un presupuesto básico puesto de relieve por toda la Psicología: allí donde hay un grupo hay una dinámica; es decir, un juego de fuerzas, unas interacciones, y por ello mismo, un cambio. Esta dinámica del grupo, sin embargo, puede ser analizada desde muy diversos puntos de vista. Son muchas, muy diferentes, e incluso a veces contradictorias, las orientaciones de las diversas escuelas en el análisis de la dinámica del grupo[1]. En el presente trabajo nos limitaremos al enfoque psicoanalítico, y, más concretamente, freudiano de la cuestión. Esto supone que prescindimos ya de antemano del estudio de una serie de fenómenos de grupo, muchos de gran interés, de los que se ocupa la Psicología Social (pongamos como ejemplo los fenómenos de las afinidades y moral del grupo, de la comunicación y sus obstáculos, de la creatividad, la toma de decisiones, etc. ...). Ello equivale a que sólo serán analizados (y bajo una perspectiva freudiana, insistimos) los fenómenos que se derivan del Inconsciente en el grupo. Sin embargo, es bien conocida la diversidad de escuelas psicoanalíticas y freudianas que existen en la actualidad. Especialmente en el análisis de grupo la diversidad de orientación y método se multiplica. De ahí la necesidad de realizar una opción que en nuestro caso se ha llevado a cabo en favor de las dos escuelas que consideramos de más prestigio y de más porvenir en el mundo psicoanalítico: las escuelas inglesa de Melanie Klein y la francesa de Jacques Lacan.

Los resultados de la investigación psicoanalítica de grupo se derivan en gran parte de una labor terapéutica. Aplicar sin más los resultados de una tal investigación a una comunidad cristiana sería un grave error. Sobre todo porque en el grupo terapéutico existen una serie de variables específicas que vienen a influir de forma determinante en la conducta del grupo. Es evidente que los

1. Cfr. ANZIEU, D. et MARTIN, J. Y.: *La dynamique des groupes restreints*. Paris. P.U.F. 1973.

objetivos son diversos. Lo que une a los componentes en el grupo terapéutico es la curación, cosa que no ocurre en una comunidad cristiana de base cuyo objetivo es el de vivir y expresar la fe por medio de una co-educación (Catecumenado), un compromiso en las realidades temporales y una celebración, en los Sacramentos, de la fe que les une

De la diversidad de objetivos nace una diversidad de medios. Señalemos cómo los más importantes de la psicoterapia de grupo la función del terapeuta o terapeutas (y observadores), la limitación del tiempo que se suele aplicar con una cierta rigidez (hora u hora y media cada semana generalmente), y el factor económico, es decir, los honorarios que los participantes abonan al terapeuta y que poseen además una función simbólica y terapéutica. Estos tres factores fundamentales, terapeuta, tiempo y dinero constituyen variables específicas de la terapia de grupo que influyen de una forma determinante en la conducta de sus elementos y que tienen una función de análisis y de cambio de esa misma conducta.

Sin embargo, a pesar de estas diferencias en cuanto a los objetivos y medios empleados, no todo es diferente entre un grupo psicoterapéutico y un grupo de fe. Tanto en uno como en otro existe una dinámica, una interacción personal, unos conflictos y unos intentos de soluciones. Tanto en uno como en otro actúan los deseos, los temores, las fantasías de cada uno de los participantes y del grupo como totalidad. Los fenómenos de simpatía y antipatía, de identificación y rechazo, de desintegración grupal, de roles y transferencias actúan o pueden actuar condicionando, potenciando o bloqueando la vida del grupo. Y son estos fenómenos lo que la investigación psicoanalítica ha descubierto (no inventado) en la vida de los grupos que analiza. De ahí la justificación de un intento como el presente de esclarecer a la luz del psicoanálisis de grupo los fenómenos que en una comunidad cristiana puedan presentarse. Estos fenómenos pueden estar actuando de una forma solapada y oculta, enmascarándose de bellos espiritualismos, de tensiones políticas, o de rivalidades teológicas, y estar así frenando, bloqueando o destruyendo la vida de la comunidad. Una comunidad cristiana no es, ni debe ser, una «dinámica de grupo» (o grupo de diagnóstico); sin embargo, es posible que en determinadas situaciones sea conveniente para la marcha de esa comunidad plantearse cuál es la dinámica que de hecho existe en ella en vistas a un diagnóstico iluminador y por eso mismo terapéutico.

1.—LAS BASES DE LA INVESTIGACION PSICOANALITICA DE LOS GRUPOS

La psicoterapia analítica de grupo ha nacido de las bases clínicas y teóricas (metapsicológicas) del psicoanálisis, practicado en sus comienzos de una forma tan sólo individual. Brevemente intentaremos una exposición selectiva de esas bases en Freud, Melanie Klein y J. Lacan.

En **Freud** el resorte fundamental de la psicología grupal es el mecanismo de **identificación.** Es este un proceso por el cual un sujeto asimila un aspecto, una propiedad, un atributo de otro y se transforma, total o parcialmente, sobre el modelo de éste. Para Freud, la personalidad del hombre se constituye y se diferencia mediante una serie de identificaciones [2]. La imagen que el niño se

2. Cfr. LAPLANCHE, J.-PONTALIS, J.-B.: *Diccionario de Psicoanálisis*. Barcelona, Labor, 1971, pp. 190-197.

hace de la autoridad paterna se extiende posteriormente sobre los jefes, líderes o personas que de alguna forma posean una autoridad (el Rey, el Superior, el «Padre»...). Sin embargo, este mecanismo de identificación no es simple. Incluye en su interior una ambivalencia que, para Freud, reviste una gran importancia. Por una parte, la persona con la que el sujeto se identfica es objeto de una **idealización.** En el grupo social, afirma Freud en **Psicología de las masas,** el jefe toma el puesto del «Ideal del Yo» en cada uno de los miembros del grupo. Y es esto lo que explica la solidaridad psicológica entre sus miembros [3]. Pero por otra parte, la imagen paterna, origen de las ulteriores identificaciones, comporta una segunda dimensión: es objeto de un **resentimiento.** La imagen del jefe «ideal» comporta también una hostilidad, generalmente reprimida e inconsciente. Esta ambivalencia de los sentimientos presentes en el mecanismo de identificación caracteriza la situación de los grupos. De una forma mitológica lo expresa Freud en **Totem y Tabú:** el padre de la horda primitiva, idealizado y odiado a la vez, es asesinado y devorado por sus hijos. Sobre las bases de este asesinato y de la culpabilidad que engendra nace la organización social [4]. De esta forma, afirma Anzieu, para Freud el mito psicoanalítico de la muerte del padre protohistórico es al grupo lo que el mito de Edipo es a la personalidad individual. El grupo logra su autonomía y madurez exorcizando el fantasma del gran monarca, matando la imagen del jefe innato, del hombre semidios que posee todas las cualidades y poderes. Así, el grupo renuncia a sacar todas sus fuerzas, toda su unidad, de la aureola y el prestigio del «maestro», del «profeta», del «héroe». Es el mismo grupo el que se da su propia legislación y su propia justicia.

Las teorías de **Melanie Klein** y su escuela, sobre las primeras fases de la vida, han venido a completar las teorías freudianas, y concretamente han tenido una gran importancia en el desarrollo de la investigación psicoanalítica de los grupos. Lo fundamental de las teorías de Melanie Klein se centran en lo que ella llama las posiciones esquizo-paranoides y depresivas. La posición **esquizo-paranoide** consiste en la disociación que hace el niño de una madre buena y una madre mala. La madre ausente no está ausente sino que es mala; la madre presente no está presente sino que es buena. De ahí, el niño, por un complicado juego de proyecciones e introyecciones va separando los objetos en objetos totalmente buenos y completamente malos. Crea así un sistema irracional que provoca una escisión esquizoide en su propio yo. A los seis meses de edad, aproximadamente, se enfrenta con el problema más dramático de su desarrollo, al reconocer que es el mismo objeto el que lo frustra y lo gratifica. Percibe entonces al objeto como total y complejo. Esto lo lleva a la **posición depresiva.** Esta se caracteriza por la aparición de los sentimientos de culpabilidad por lo que siente haber destruido y dañado internamente. De ahí surge el deseo de reparación que le va conduciendo a una diferenciación entre el mundo interno y el mundo exterior [6].

---

3. Freud, S.: *Psicología de las masas*: Obras Completas. Vol. I, Biblioteca Nueva, Madrid, 1968, pp. 1145-1148.
4. Cfr. Freud, S.: *Totem y tabú*: Obras Completas. Vol. II, Biblioteca Nueva, Madrid, 1968, pp. 565-599.
5. Cfr. Anzieu, D. et Martin, J. Y.: Op cit., p. 52, y Rof Carballo: *Psicoanálisis y religión*. Estudio introductorio a A. Ple: *Freud y la religión*. Madrid, B.A.C., 1969, pp. 17-35.
6. Cfr. Melanie Klein: *Essais de psychanalyse*. Paris, Payot, 1972, y Claude Geet: *Melanie Klein*. Padis, Ed. Universitaires, 1971.

A los planteamientos freudianos y kleinianos pueden añadirse algunos aspectos importantes de la teoría de **J. Lacan** que vienen a iluminar los fenómenos del grupo. Muy especialmente las precisiones lacanianas sobre la **relación dual imaginaria** son de gran importancia en este sentido. Esta relación dual consiste en la situación del niño, que antes de estar constituido como sujeto autónomo, vive bajo la fascinación imaginaria del yo, sin poder nunca ni frente a sí, ni frente a otro, aprehender la distancia objetivamente de un tercero. El es todo. El niño en el origen —explica Lacan— no desea únicamente el cuidado y el contacto de la madre. Desea serlo todo para ella, el complemento de su carencia: el falo [7]. El deseo del deseo de la madre; y para satisfacerlo, se identifica con el objeto de este deseo. Puede decirse que de esta manera, el niño no es un sujeto sino una carencia: objeto del deseo del otro. La relación dual imaginaria está construida de ilusiones y fantasmas y amenaza el deseo de fijarse sobre lo imposible. Solamente la intervención del padre puede romper esta relación ilusoria. El padre significa la ley, el orden simbólico. Por medio de su palabra («no serás todo para tu madre»; «no serás todo para tu hijo») el niño se libera de la fascinación de serlo todo: el falo, y acepta el ocupar un puesto en la constelación familiar. Es la gran aventura del Edipo por la que el niño pasa del registro del ser (ser el falo todopoderoso) al registro del tener (tener un deseo formulable en una demanda). El deseo de unión indiferenciada con la madre es reprimido y reemplazado por un sustituto: lo que lo nombra, esto es, el símbolo. De ahí en adelante, el deseo se libera y se dirigirá a otros objetos que siempre serán sucedáneos del objeto perdido, pero que serán objetos de amor y de interés que se abren al mundo, al lenguaje, a la cultura [8].

2.—LOS FENOMENOS DEL GRUPO A LA LUZ DEL PSICOANALISIS

Sobre estas bases psicoanalíticas ha nacido toda una rica investigación de los fenómenos grupales en su nivel inconsciente. De esta investigagción resaltan una serie de fenómenos fundamentales que intervienen en todo grupo (terapéutico o informal) y que intentaremos exponer brevemente.

El primer fenómeno constatable por la investigación psicoanalítica es el del riesgo de **regresión** de los miembros que componen el grupo. Se podría decir que se da en todos los grupos en mayor o menor grado. En esta situación, se movilizan las angustias psicóticas de la primera infancia. Es el miedo a perder la propia individualidad por «contagio» con los restantes integrantes del grupo. Esto lleva frecuentemente a actitudes defensivas y mágicas. La agresión entre los miembros, la idealización del jefe que salve de la situación caótica, la «clasificación» de los restantes miembros según los propios deseos y temores de cada uno, etc.... son fenómenos que suelen seguirse como consecuencia de esas **angustias psicóticas**.

Muy especialmente W. R. Bion, perteneciente a la escuela inglesa de Melanie Klein, ha estudiado estas tensiones que se producen en el grupo. A partir de sus trabajos de readaptación a la vida civil de antiguos prisioneros de

---

7. En psicoanálisis el falo posee un valor simbólico. El pene, en cambio, designa un objeto concreto. J. Lacan ha intentado volver a centrar la teoría psicoanalítica en torno a la noción de falo como "significante del deseo". Cfr. LAPLANCHE-PONTALIS: *Op. cit.*
8. Cfr. LACAN, J.: *Escritos. La significación del falo.* México, Siglo XXI, 1971, pp. 279-289, y RIFLET-LEMAIRE, A.: *Lacan.* Barcelona, Edhasa, 1971, pp. 113-155.

guerra ha sentado dos principios fundamentales. El primer enunciado es el siguiente: el comportamiento de un grupo se efectúa a dos niveles: el de la tarea común y el de las emociones comunes. El primer nivel es racional y consciente. Y el éxito de esta tarea depende del análisis correcto de la realidad exterior correspondiente, de la distribución y coordenación equilibrada de los roles en el interior del grupo, de la regulación de las acciones emprendidas por la búsqueda de las causas de los fracasos y los éxitos, de la articulación de los medios posibles a los objetivos entrevistos. Se trata de lo que Freud ha llamado «procesos psíquicos secundarios»: percepción, memoria, juicio, razonamiento... Pero en el grupo interviene también un segundo nivel, afectivo y fantasmático, caracterizado por el predominio de los «proceso psíquicos primarios». La circulación de las emociones y fantasmas inconscientes puede paralizar el éxito en las tareas que el grupo se propone.

El segundo enunciado de W. R. Bion es el siguiente: los individuos de un grupo se relacionan de forma involuntaria para actuar según los estados afectivos, que Bion denomina «hipótesis de base» o «supuestos básicos». Estos estados afectivos son arcaicos, se remontan a la primera infancia y se les encuentra en estado puro en las psicosis. Estos «supuestos básicos» son tres: «dependencia», «lucha-fuga» y «apareamiento o pareja». En la situación de **dependencia,** el grupo venera y depende totalmente de un líder al que idealiza al punto de convertirlo en una deidad. Esto ocurre debido a las angustias primarias que el grupo despierta. Para evitarlas, se reune en torno a la figura que considera más fuerte y se espera de él la «salvación». En el clima emocional de **«lucha-fuga»**, el grupo tiende a agredir o a defenderse de un perseguido ubicado generalmente fuera de él, lo que le reporta un sentimiento de unidad, o dentro del mismo grupo, que generalmente es el jefe o líder que ha rechazado las actitudes de dependencia. La actitud de «lucha-fuga» desemboca muchas veces en la de **«apareamiento o parejas».** Ella da lugar a la formación de sub-grupos de los que el grupo total espera la integración.

Para Bion, los supuestos básicos pueden fluctuar rápidamente, superponerse mediante subgrupos, o persistir por largos períodos. Ellos suponen una pérdida de la individualidad y un retorno a las conductas primitivas correspondientes a las «posiciones esquizo-paranoides y depresivas» descritas por Melanie Klein [9].

Además del fenómeno de regresión y el de las actitudes que ella comporta, hay que señalar también como fenómeno importante en la vida del grupo el del juego de **transferncias** que en él se establecen. Para Freud la actuación conjunta de la disposición congénita y las influencias experimentadas durante los años infantiles determina en cada individuo como una especie de clisé que se repite o se reproduce luego regularmente a través de toda la vida [10]. Este descubrimiento de Freud en la situación analítica ha sido reconocido posteriormente en otras situaciones como son las de la relación médico-enfermo, maestro-alumno, director espiritual-penitente, etc.... y en general he puede afirmar que los fenómenos transferenciales juegan de una forma más o menos intensa en todo tipo de relación personal. En la vida de todo grupo desempeña un importante papel, generalmente inconsciente y bajo un triple aspecto: transferencia sobre el jefe o líder del grupo, sobre los diferentes participantes y sobre el grupo como totalidad.

---

9. Cfr. Bion, W. R.: *Recherches sur les petits groupes.* Paris, P.U.F., 1972.
10. Freud, S.: *La dinámica de la transferencia*: Obras Completas. Vol. II, p. 413.

En relación con las aportaciones kleinianas y lacanianas, varios autores franceses señalan como fenómeno importante en la vida de los grupos el de la **«ilusión grupal»**. Ello constituiría una especie de fascinación fusional ejercida por el grupo. El grupo como el sueño, sería para estos autores una realización imaginaria de los deseos prohibidos. De ahí la florescencia de mitos, tan frecuente en la vida de los grupos. En él se evocan todas las grandes figuras míticas y se crea así una utopía del grupo. Todo se espera del grupo, todo se puede en el grupo. De tal forma que, para Anzieu, el interés actual por el grupo y el renacer de la utopía en nuestra sociedad contemporánea son fenómenos que van en alguna forma parejos[11]. Para Le Du, la florescencia de los mitos en las situaciones grupales significaría, en términos lacanianos, una imposibilidad de acceder al orden simbólico y un estancamiento en la situación imaginaria de la relación dual. Los miembros del grupo se identifican con él como si se tratase de un ser vivo. Este grupo, como el niño en la relación dual imaginaria descrita por Lacan, sería un objeto y no un sujeto de deseo[12].

La complejidad de la dinámica inconsciente que se establece en un grupo permitiría señalar otros muchos fenómenos importantes. Sin embargo, la amplitud del presente trabajo y los objetivos que nos hemos propuesto hacen que pasemos por alto toda otra serie de fenómenos grupales. Creemos que los fenómenos de regresión con las actitudes que comporta, los de la dinámica transferencial y de ilusión grupal, son los más importantes en vista a un análisis de los fenómenos inconscientes más típicos que pueden plantearse en una comunidad cristiana de base.

3.—LA COMUNIDAD CRISTIANA DE BASE: SUS POSIBILIDADES PATOLOGICAS O TERAPEUTICAS

Cabe interrogarse ahora sobre cuál es la incidencia de los elementos cristianos de una comunidad de base sobre los fenómenos grupales analizados. ¿Favorecen estos elementos los aspectos más patológicos del grupo o tienen una eficacia terapéutica? Intentar, a la luz del psicoanálisis, un juicio tal no tiene muchas posibilidades de éxito a no ser que caigamos en el artificioso reduccionismo que Freud solía llamar «psicoanálisis salvaje». De otra parte, la tremenda variedad ideológica, estructural y espiritual, que presentan hoy las comunidades de base, hacen mucho más difícil aún plantearse la cuestión. Por eso nos limitaremos a señalar, quizás de una forma demasiado general, algunas posibilidades patológicas o terapéuticas que puedan darse en las comunidades cristianas. Como afirma A. Fierro, no es posible dar un juicio sobre el valor terapéutico de la religión basándose en unos aprioris psiquiátricos o teológicos «sin ocuparse en contrastarlos con la experiencia real y en examinar de cerca cómo funciona de hecho la religión cristiana en la génesis de la personalidad psíquicamente sana»[13]. Negar toda posible interacción entre lo cristiano y lo psíquico supondría un error dogmático (considerar la existencia como un puro estar ante Dios sin ninguna tangencia con la realidad concreta del hombre), y, por otra parte, supondría también un desconocimiento craso de los datos pues-

---

11. Anzieu, D. et Martin, J. Y.: *Op. cit.*, pp. 240-248.
12. Le Du, J.: *Psicoterapia de grupo y experiencia cristiana.* Concilium n.º 99. Noviembre 1974, pp. 291-305.
13. A. Fierro: *¿Tiene la religión una finalidad terapéutica?* Concilium n.º 99. Noviembre 1974, p. 251.

tos de relieve por las ciencias humanas y muy concretamente por el psicoanálisis. Pero esta interacción de lo cristiano y lo psíquico no puede plantearse en términos teóricos, sino en la realidad concreta vivida por cada cual. La reflexión sobre el psicoanálisis y la fe debe partir primordialmente del diván y no de las Obras Completas de Freud, pues como afirma M. Bellet, la interrogación sobre su fe de un cristiano en psicoanálisis es mucho más temible que todas las tesis «anticristianas» de Freud [14].

A partir de estos datos y de lo expuesto anteriormente sobre los fenómenos inconscientes de la vida del grupo, intentaremos detectar las posibilidades patológicas o terapéuticas de un grupo que se reune para formar comunidad cristiana.

Quizás, el primer peligro que habría que señalar sea el que podríamos llamar **«huída de la madre mala»**. En una sociedad secularizada y en la que los valores religiosos y cristianos hacen crisis, la tentación de buscar un seno materno seguro y reconfortante puede ser muy grande. Como en la posición «esquizo-paranoide» señalada por Melanie Klein, el grupo cristiano puede separar una madre mala (el mundo, la Iglesia desorientada, etc....) y acogerse a una madre buena y protectora, el grupo, que la defiende de los asaltos de la duda, del conflcto, de la inseguridad y el peligro. Allí todo está seguro y claro y se evitará todo lo que pueda significar rivalidad, diferencias o conflictos.

El papel del sacerdote o catequista en este tipo de comunidad puede favorecer con facilidad la situación de dependencia que Bion nos describía en sus «supuestos básicos». El grupo le idealizará hasta el punto de convertirle en una deidad. El tiene siempre la palabra oportuna, iluminadora y reconfortante que defiende al grupo de sus angustias. Los miembros del grupo depositarán en él sus respectivos «ideal del yo» y reprimirán todos los sentimientos agresivos que el sacerdote o catequista, como jefes, puedan despertarle.

La religiosidad y espiritualidad de estos grupos conectaría muy fácilmente con los mitos que suelen emerger en las situaciones más regresivas descritas anteriormente. De esta forma, la fuerza que une al grupo es la del deseo de no estar en otra parte: en la verdadera vida con toda su conflictividad y problemática.

Moisés, los Profetas o Cristo pierden, al entrar a formar parte de la mitología del grupo, toda su fuerza humana, todo su realismo histórico, para convertirse en figuras etéreas, poéticas, míticas. Son confinados fuera del espacio y del tiempo y alejados de nuestra condición difícil de humanos.

La relación a la Ley en estos grupos estará marcada por un fuerte carácter de sumisión infantil. Ya vimos cómo en la teoría de J. Lacan, la Ley desempeñaba un importante papel en la constitución del sujeto, ella es la mediadora del orden simbólico. Por la Ley el niño renuncia al objeto inmediato del deseo, ser el falo, y se sitúa com sujeto autónomo en la constelación familiar. El fracaso en este reconocimiento del padre lleva consigo la eternización de la sumisa identificación (o, como veremos más adelante, de la rebelión). Desde este momento la Ley deja de ser mediadora del orden simbólico para convertirse en una nueva forma de relación imaginaria: la de la sumisión (o la rebelión) obsesionante ante el poder. Las normas exteriores o internas del grupo tomarán un carácter casi sagrado. «En el nombre de Dios» se transforma en un «en nombre de la Ley».

---

14. Cfr. Bellet, M.: *Foi et psychanalyse*. Meuse, Desclée de Brouwer, 1973, p. 30.

Este tipo de grupo que constituye una «huída de la madre mala» puede tomar formas muy diversas, encarnarse en espiritualidades de diferente matiz, pero generalmente vendrá a coincidir con lo que en términos sociológicos son los grupos «integristas», «tradicionales» o «conservadores». En términos teológicos sería los grupos «espiritualistas». Sin embargo, entre las posibilidades patológicas que se pueden dar en las comunidades cristianas existen algunas que podrían venir a coincidir con lo que sociológicamente daría un grupo «revolucionario» o «progresista». En el caso de la que podríamos llamar **«mesianismo paranoico»** de las comunidades cristianas.

En el «mesianismo paranoico» el grupo viviría fundamentalmente en el clima emocional descrito por Bion como «lucha-fuga»: existe un perseguidor que reporta al grupo un fuerte sentimiento de unidad. En esta situación la comunidad tiene presente la realidad externa al grupo, pero es una realidad deformada, recompuesta según los deseos y temores del grupo. La proyección al exterior de las propias culpabilidades es un mecanismo clave en esta actitud. Por medio de esta proyección de la culpa hacia un objeto exterior (que en general representa la imagen paterna) nace la justificación de la lucha, una lucha absorvente, monopolizadora y continua que estará siempre intentando apagar los propios sentimientos de culpabilidad[15]. En el fondo se está viviendo la misma relación imaginaria con la Ley que en el tipo de grupo anterior. La autoridad, la jerarquía, el poder, polarizan la situación, no para someterse a ella, sino para luchar y rebelarse continuamente ante ella. Nos encontraríamos con lo que Beirnaert llama una «mito-moral», «en la que se sustituyen los tubús tradicionales por unos tabús exactamente contrarios y correlativos: libertad sustituida a la prohibición, santidad del proletariado sustituida al carácter sagrado de la autoridad, etc.... esta extraña correspondencia, en que la inversión de los términos deja aparecer una identidad de estructura —como un paisaje y su reflejo invertido en el espejo de un estaque— muestra que cierto culto de la interacción interhumana traduce una orientación tan regresiva como el culto de la pureza interior y de la salvación narcisista de uno mismo»[16]. El Cristo mítico, deformado también, de este tipo de comunidad cristiana sería el de la metralleta en la mano.

No se trata, por tanto, de privilegiar espiritualismos o temporalismos, conservadurismo o progresismo, sino de captar en una y otra posibilidad lo que exista de orientación regresiva. **Al menos desde una perspectiva psicoanalítica.** Sería demasiado fácil y de poca honestidad científica la utilización del psicoanálisis para defender o atacar determinadas concepciones teológicas. **La revolución psicoanalítica no se contenta con dividir entre antiguos y modernos...; antiguos y modernos, conservadores e innovadores son afectados por ella en un plano más radical, aquél en el que sus defensas coinciden en parapetarse detrás de argumentos tomados de un terreno que se distingue por un carácter absoluto o idealizado: la moral, la ciencia y, sobre todo, el absoluto mismo**[17].

---

15. Gonzalez Garcia, C.: *El sentimiento de culpa irracional.* Revista Española de Psicoterapia Analítica. Vol. V, n.º 2, Mayo 1972, pp. 39-42.
16. Beirnaert, L.: *La moral sin pecado del Doctor Hesnard.* En: *Experiencia cristiana y Psicología.* Barcelona, Estela, 1969, p. 229.
17. Bertolus, R. y varios: *El impacto del psicoanálisis en la relación pastoral.* En: *La relación Pastoral.* Madrid, Studium, 1971, p. 104.

Nos queda por último señalar las posibilidades terapéuticas que puede proporcionar la vivencia cristiana en una comunidad de base.

La posibilidad de una **comunicación personalizada y auténtica** es quizás el aspecto más relevante dentro de las posibilidades terapéuticas de una comunidad de base. Como afirma A. Fierro al interrogarse sobre la función terapéutica de la religión «los efectos psicoterapéuticos menos dudosos parecen ligados al aspecto comunitario del cristianismo. El enfermo psíquico padece en definitiva de incomunicación, y por eso, en última instancia, no hay otra terapia que la comunicación. Es cuanto comunión o comunidad fraterna como el cristianismo desenvuelve su mayor capacidad de estabilizador psíquico»[18]. Es indudable que este aspecto de comunidad fraterna del cristianismo puede ser potenciado más fácilmente en una comunidad tipo base que en la comunidad más o menos despersonalizada de una gran parroquia.

A esto habría que añadir lo que una comunidad de base puede significar en cuanto fermento de un **compromiso en la realidad histórica** en la que vive. Una realidad histórica analizada en toda su complejidad y en la que los cristianos se comprometen en su transformación efectiva más allá de las fáciles dicotomías y de la búsqueda de protagonismos narcisistas.

En cuanto una comunidad cristiana se propone una maduración en la **autocrítica de la propia fe,** puede desempeñar también un importante papel terapéutico. Este será tanto más importante en cuanto suponga una labor de purificación de las falsas ilusiones y de las falsas seguridades que la fe puede suponer. El sentimiento religioso es quizás, junto con el sentimiento estético, el terreno mejor abonado para el desarrollo de los deseos infantiles de omnipotencia. La fe en Cristo Jesús debe comportar, sin embargo, una muerte de todo lo que el cristiano ame, desee o busque de una forma ilusoria. Así pues, en cuanto una comunidad cristiana de base colabore o fomente este proceso de maduración de la fe en el desbloqueo de las falsas ilusiones y seguridades infantiles, estará desempeñando un importante papel terapéutico[19].

Y en definitiva, en cuanto una comunidad cristiana desarrolle en su seno la capacidad de amar, de comprometerse y de crear, estará desarrollando en sus componentes la maduración de todas sus potencialidades psíquicas y humanas.

Carlos M. Domínguez Morano

---

18. Fierro, A.: *Op. cit.*, p. 254.
19. Cfr. Dominguez Morano, C. M.: *El psicoanálisis estructuralista de J. Lacan y la fe.* PROYECCION n.º 87, Sep.cOct. 1973, pp. 212-226.